

Poesía

Premio, Concurso XXV

ELOGIO DE EL SANTO

Óscar Cortés Tapia

PRIMERA CAÍDA
(Elogio del tiempo antiguo)

En medio de nuestra angustia,
más vasta que la noche,
la hora del arma que apunta a la ciudad
te vestía con la rara estirpe del héroe.
Te anudabas la máscara
de quien navega bajo tormenta y sabe salir entero,
y corrías en tu auto deportivo
de un ring con criminales de feroz libreto
a otro:
calles, solitarias casonas, enlonado de asfalto;
ibas del llaveo precioso por preciso
a la amenaza oculta en la guarida de las sombras.
Te anudabas la máscara
y la plata argumental de tus puños —irrefutables—

machacaba sofismas del ladrón y el vampiro,
del hombre lobo y el desquiciado científico.
Te anudabas la máscara
y la alada plata en vuelo de los topes suicidas
eclipsaba al sol negro del Mal.

Poca cosa eran
las balas en busca del nido de tu pecho;
poca cosa
el puñal y su instinto trapero.
Mayor peligro había
en la soledad y sus venenos,
en la mujer que con lenta lengua mojaba sus labios,
como promesa de la trampa deliciosa.
Pero tú,
semidiós de la arena,
el primero de los invencibles,
lograbas zafarte del abrazo del oso
que te rompería los huesos del alma
(celosa,
la ciudad te arrebatava el corazón).

Te anudabas la máscara,
capitán de todas nuestras esperanzas,
y el mundo era seguro.

SEGUNDA CAÍDA
(Victis honos)

Ahora
los músculos ágiles,
los acerados músculos,
son frutos de la memoria;
más te duele este tiempo
que el golpe alevoso,
que la cavernaria misma.
Admítelo,
te anudas la máscara
y naufragas bajo lluvias simples.

Pelea sucia y calles oscuras
no son ya tu dominio completo;
nuevos criminales,
nuevos locos hieren la ciudad
y perdieron la elocuencia
tus puños discursivos,
tan bien lo sabes;
qué difícil levantar
el vuelo plateado desde la tercera cuerda
con tantos años de peso,
también lo sabes.

Sin embargo,
no te duela el tiempo ido,
no te avergüencen
las tareas escolares de tus nietos,
las insaboras caricias de tu esposa
ni tus viejas películas en el televisor;
tu estilo del heroísmo
ahora es otro.

Si lo dudas,
enmascarado como Rodolfo Guzmán,
vuelve a la arena que caía en pedazos
con la sola fuerza de tu nombre en nuestros labios.
Te espera el amor antiguo:
la ciudad.
Ella no ha abandonado
el asiento de la primera fila;
te es fiel.
Subirá a tu esquina
y será tu aliada
siempre.
Siempre,
aunque los nuevos rudos
venzan al hombre sin rostro
que en tu carne vive
y se anuda la máscara
durante la noche del Mal.

TERCERA CAÍDA
(Santo de nuestra devoción)

No te negaremos
antes de que el réferi
cuenta las tres palmadas en la lona.
No te negaremos
después de tu última película.
No habremos de apenarnos
de tus monstruos de utilería,
del cartón de tus computadoras,
de la fácil victoria
sobre momias, espectros o hechiceras
(¡ay, qué excepción la Tetona Mendoza!).
No olvidaremos
las mañanitas el día de tu santo.
No olvidaremos
prenderte un reflector
en el altar casero de nuestro corazón.
No olvidaremos
limpiar de vez en vez
tus milagros de plata.

Eres
Santo,
Santo,
Santo;
y no vienes
en nombre del Señor
Productor.
Nuestra angustia,
nuestra fe en ti
desde niños,
te dieron la misión inagotable,
oh, golpe justiciero
(¡párteles la madre!),
oh, rodillazo sin mancha
(¡desgüévalos!),

oh, divino candado
(¡chéntatelos!).

Eres
Santo,
Santo,
Santo;
y estaremos orgullosos de ti,
pues tus puños
mantendrán con vida
el discurso que aprendimos
en un viejo cine:
el Bien gana en la tercera caída.